



**PASTORAL
EDUCATIVA**

EL CAMINO DE LA INTERIORIDAD CRISTIANA HOY

**LA CLAVE PASTORAL
EN LA ESCUELA CREYENTE**

Eduardo Casas



Prólogo

El aprendizaje de la interioridad

Este libro desarrolla el camino de la interioridad cristiana a partir del diálogo entre espiritualidad y psicología desde un presupuesto de integración y complementación, ya que la gracia de Dios supone el dinamismo de la condición humana con todas sus características.

En el contexto de pluralismo religioso en el cual hoy vivimos el cristianismo se propone resignificarse como un camino de interioridad integral (una mirada de conjunto) que resulta, a la vez, integrada a todo el proceso de madurez humana.

Hoy todas las ciencias humanas y sociales dialogan con la espiritualidad como una dimensión que puede estar unida o no a la confesión de una determinada religión. Los creyentes unimos fe, religión y espiritualidad como dimensiones de una única y rica interioridad.

Es cada vez más urgente retomar los senderos de un aprendizaje de fe como camino de interioridad en diversos ámbitos eclesiales (parroquias, escuelas, movimientos, etc.) al igual que en otros ámbitos extraeclesiales en donde el cristiano vive y comunica su proceso interior.

Este libro describe el camino de la interioridad como un proceso unido a la perspectiva evolutiva del ciclo humano, desde el nacimiento hasta la muerte pasando por las diversas etapas de crecimiento y maduración, intentando descubrir el lado humano de la espiritualidad.

Los temas clásicos de la espiritualidad son retratados de una manera actual en diálogo con la psicología. De ahí que, aparte de los contenidos clásicos de la espiritualidad, también se encuentren temas como: la aceptación de sí mismo, la felicidad, la soledad, el amor, el sufrimiento, el gozo y los vínculos.

La riqueza de la espiritualidad cristiana se presenta aquí como interioridad, ya que este es un concepto más amplio que permite el diálogo no solo interreligioso y ecuménico, sino incluso con otras propuestas espirituales y con otras visiones humanas.

Eduardo Casas

Primera parte

Fundamentos de la espiritualidad cristiana

1. El anuncio de la persona y el misterio de Jesús

2. De la jesuología a la cristología

3. Espiritualidad, fe y religión

1

El anuncio de la persona y el misterio de Jesús

El kerigma: núcleo y fundamento de toda espiritualidad cristiana

1. ORACIÓN A JESÚS, SIGLO XXI

Señor Jesús, “hoy, ayer y siempre” (Heb 13,8),
el tiempo gira continuamente en tu centro.

Todo lo creado te pertenece.

La historia, bisagra de la memoria, se ha dividido
antes y después de tu aparición.

Las mareas del ayer y del mañana suben y bajan.

También los fragmentos del olvido te buscan y te anhelan.

Nuestro actual siglo, vertiginoso y complejo,
te encuentra y te pierde y te vuelve a buscar.

Los hombres y mujeres de este presente algunos saben de tu existencia,
otros no te conocen y otros necesitan reconocerte.

Hay quienes te confunden y te falsifican,
te cambian por otros deseos; por otras felicidades y búsquedas.

No obstante, aún sigues fascinando y seduciendo a los corazones.

Sigues generando preguntas y despertando sueños.

Abres caminos.

No cierras ninguna puerta.

Algunos te esquivan porque saben que si entras en sus vidas
ya nada volverá a ser como antes.

Sin embargo, te soñamos cuando anhelamos algo profundo
y verdaderamente humano.

A menudo te recubres con el nombre de nuestros amores.

Te amamos en los amores humanos

e igualmente te sufrimos en los padecimientos humanos.

Jesús, siglo XXI

¿Qué palabra nos traes para este tiempo?

¿Qué nos dices de Dios?

¿Qué sabiduría ofreces para el corazón humano?

¿Cuál de tus secretos desata el conjuro de la vida y de la muerte?

¿Qué paisajes de cielos e infiernos humanos iluminas?

¿Con qué llaves abres la salida de nuestro laberinto?

Aquí –en los surcos de este siglo que transitamos– vivimos y peregrinamos. Estamos en la orilla. Queremos ir hacia la profundidad.

Jesús, Señor y hermano,
si tus ojos me miran
mi mundo se ilumina
y puedo darle sueños a mi esperanza.

Acércate,
por favor, encuéntrame.
Amén.

2. ¿QUIÉN ES JESÚS? PREGUNTARSE POR JESÚS ES CUESTIONARSE ACERCA DE QUIÉN ES ÉL PARA MÍ

Hay muchos que consideran a Jesús solo como un personaje importante, una figura histórica fundamental, una pieza de museo, alguien perdido en la memoria de los siglos, la figura que aparece en las estampas de devoción, un líder, un revolucionario de su época, un transgresor, un modelo, un referente, un enigma, un secreto, un misterio, un código oculto a descifrar, una abstracción de la teología y de la historia de las religiones, etc.

¡Existen muchísimas lecturas de Jesús a lo largo de los tiempos! En el evangelio, el propio Jesús interroga a los suyos acerca de “qué dice la gente sobre el Hijo del Hombre”. Luego circunscribe el interrogante de manera aún más comprometida y personal: **“¿y ustedes quién dicen que soy?”** (Mt 16,13-15).

Ese es también un interrogante para nosotros hoy. La respuesta a esa pregunta a lo largo de la vida tiene que intentar darla cada uno. Todos tenemos una cierta imagen de Jesús, la cual muchas veces es solo nuestra propia proyección de ideas, visión de la vida, formación religiosa e incluso nuestros propios condicionamientos y prejuicios. Además construimos nuestra imagen personal de Jesús con lo que sacamos del imaginario colectivo, los pensamientos de otros y lo que nos dicen la historia, la cultura, la filosofía, la teología, el arte, el cine y la literatura.

Preguntar por Jesús es preguntarse quién es él “para mí”. Esto no consiste en una investigación histórico-biográfica, sino en captar la propia apreciación personal y la significación que él tiene hoy para mí. Conocer a Jesús es entrar en su “alma”, lo que lo hace ser quien es. A nadie le interesa la pregunta por la identidad de Jesús si –de algún modo– no la refiere a sí mismo: a su vida, a su búsqueda y a su fe. El interrogante que nos despierta Jesús es más relacional que científico o histórico. No se pregunta quién es Jesús visto en sí mismo, sino desde nosotros en general, como creyentes, y desde cada uno en particular. Es el Jesús de la fe de cada uno, el de la propia relación, el “Jesús íntimo”.

El conocimiento interpersonal no es meramente intelectual, teórico e informativo. Conocer a alguien no se limita a los datos objetivos que podemos tener o a nuestras apreciaciones, sino a la compenetración que tenemos con esa per-

sona, al vínculo profundo de la presencia y el encuentro, la mutua reciprocidad, la confianza y el diálogo.

Hay otro texto del evangelio que aborda el tema de quién es Jesús: aquel donde Juan el Bautista, estando detenido en la cárcel por Herodes, le remite a Jesús sus enviados para preguntarle si era él a quien esperaban. Jesús no responde directamente, sino que le provoca a Juan un último discernimiento. No le da la respuesta hecha. Él tiene que descubrirla. Jesús remite a los signos externos y visibles de su actividad: **“los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y se anuncia el evangelio a los pobres”** (Mt 11,4-5).

Esos signos revelan la verdad profunda, pero solo los puede descubrir quien se arriesga a la pregunta y al ejercicio personal de la propia respuesta. Aquí también el interrogante por Jesús no obtiene una respuesta mirando solo los datos y los hechos que él realiza, ya que las acciones pueden ser interpretadas de diversas maneras.

La respuesta que da Jesús nace de la significación que él tiene para los otros, especialmente para los más necesitados y vulnerables. Las acciones de una persona incluyen su ámbito “interior”: actitudes, afectos, valores, que se reflejan en su obrar. En la respuesta a Juan el Bautista es Jesús desde la perspectiva solidaria, comunitaria, social: los ciegos, los cojos y los leprosos. Es Jesús desde la mirada del más débil y necesitado a partir de las acciones exteriores que realiza en bien de otros. Acciones que leídas desde la fe se vuelven “signos”.

En cambio, en el texto anterior, es un Jesús que pasa de las opiniones de terceros a la referencia personal. No es Jesús contemplado desde las acciones exteriores, sino el “Jesús de la interioridad”, desde el vínculo que cada uno ha generado con él.

En nuestra vida a veces estamos como los discípulos, viendo quién es Jesús para los otros o para nosotros, o como Juan el Bautista, con ciertas dudas esperando que nos confirmen la respuesta que disipe nuestras cavilaciones. Tanto en uno como en otro caso, la pregunta nos involucra directa y personalmente a nosotros mismos, a cada uno. Ya sea que nos interese la persona de Jesús o sus acciones, su forma de ser para con los otros o para con nosotros, en todos los casos tenemos que descubrir por la fe la persona de Jesús y los “signos” que nos revelan su misterio.

3. CARACTERÍSTICAS DE LA ESPIRITUALIDAD DE JESÚS

La espiritualidad cristiana tiene su centro en Jesús. No obstante, esa espiritualidad guarda matices distintos según quién la viva. La espiritualidad es diversa, como son las personas, aunque sustancialmente sea la misma. Para saber en qué consiste la espiritualidad cristiana tenemos primero que ver cuáles fueron algunos de los rasgos más notables de la espiritualidad vivida por Jesús.

Él no se dedicó a hablar exclusivamente de Dios todo el tiempo y, cuando lo hizo, lo realizó de una manera totalmente distinta al uso acostumbrado por su

religión, su cultura y su época. Su modo de hablar de Dios fue del todo único y original. Él vivía la experiencia de Dios y la transmitía en su familiaridad y en su intimidad con Él. No hablaba desde un saber teórico, abstracto, doctrinal, ni tampoco desde una concepción moral o tradicionalmente religiosa. A diferencia de los maestros de su tiempo, los rabinos y otros predicadores, no hablaba como un teólogo, ni como un fundador de una nueva religión (cf. Mc 1,22).

No estuvo preocupado con cuestiones rituales y culto, más bien las criticó y no les dio demasiada importancia (cf. Mt 5,21-48). Por ejemplo, relativizó el día sábado como jornada de precepto para la observancia religiosa de los judíos (cf. 12,1-8). Las leyes de pureza ritual las pasaba por alto si eran motivo de discriminación (cf. Mc 7,1-23). Para él no había personas religiosas y no religiosas (cf. 2,14-17). Él miraba la disposición de cada corazón (cf. Mt 22,8.18; Mc 10,21).

Jesús frente a la Ley y las tradiciones vivió una fe auténticamente libre (cf. Jn 8,31-32). Buscaba el sentido, no la norma, sobre todo cuando esta se convertía en prisión esclavizante o clasificaba a las personas en las que estaban cerca o lejos de Dios. El Dios de Jesús no tenía más ley que la del amor verdadero (cf. Jn 15,9.12), ese amor que puede relativizar incluso la ley religiosa cuando se convierte en una trampa para el propio ego, sobre todo cuando nos hace creer ilusoriamente que somos mejores que otros (cf. Lc 18,9-14). No hay espejo más falso que ese.

Él pasaba por alto incluso los preceptos. Los reinterpretaba. Lo más importante era siempre Dios y su Reino (cf. Mt 6,33). Ni siquiera la Ley religiosa era absoluta y suficiente, ya que era solo un medio. Dios era el único fin. Jesús centró la atención en el ser humano y no tanto en la Ley como hacían los judíos: **“el sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado”** (Mc 2,27).

Jesús fue muy crítico con las autoridades judías que generaban elitismos exclusivistas y actitudes de superioridad en nombre de Dios. Jesús, en cambio, enseñaba un modo de vida y de relacionarse con Dios y con los demás a partir de la vida (cf. Mt 6,24-32). La gente sencilla lo admiraba porque mostraba la manera de vivir humanamente. Las parábolas de Jesús hablan tanto de Dios y de su acción como también del obrar de los seres humanos y su libertad (cf. Mc 4,1-9; Mt 7,15-20; 9,16-17; 25,14-30; Lc 6,43-45.47-49; 12,57-59).

Ofreció así una nueva clave de lectura de la historia: la centralidad del ser humano, sobre todo de los desvalidos, los pobres, los marginados, los discriminados, los excluidos, los olvidados (cf. Mt 25,34-40; Lc 14,21-22). Él sintió siempre compasión por los agobiados (cf. Mt 11,28). La espiritualidad judía se centraba en la Ley y el culto, no en la persona y en su situación. Jesús enseñó que Dios es Padre de todos (cf. Mt 6,9-13; Lc 11,1-4), que busca la oveja perdida y celebra su hallazgo (cf. 15,3-6). Le dio importancia a la compasión (cf. 10,30-37) y al perdón con espíritu alegre, festivo y humano (cf. Mt 18,21-35). Jesús recibió con total aceptación a las personas socialmente no tenidas en cuenta: los niños (cf. Mc 10,13-16; Mt 19,13-15) y las mujeres (cf. Lc 8,2-3), los huérfanos y los extranjeros (cf. Lc 17,18), los relegados de su época (cf. Mt 21,31). El vínculo que él tenía con las mujeres, las cuales se convertían en sus discípulas, no era para nada habitual

según la usanza de su tiempo (cf. Lc 10,38-42). Los maestros solo elegían discípulos varones. La mujer no tenía acceso a la formación religiosa.

La espiritualidad de Jesús era la espiritualidad del Reino de Dios para todos, expresada de manera sublime en las bienaventuranzas (cf. Mt 5,1-12). En el Reino de Dios, los grandes son los humildes y los primeros resultan los últimos (cf. 20,16). Jesús compartía su vida y su mesa con los excluidos (cf. Mc 2,13-17; Mt 9,9-13; Lc 5,27-32). El Reino de Dios humanizaba. No se imponía, sino que se proponía. Consistía en una invitación para la libertad, una gratuidad, un regalo sin merecimientos previos, ni derechos adquiridos. No había lugar para el orgullo de la perfección personal y la autosatisfacción religiosa. Jesús no se centraba en sí mismo, no estaba ocupado en su propia perfección o santificación individual. Él estaba interesado en la voluntad de Dios (cf. Jn 4,32-34) y en amar a los demás. No tenía una visión desencarnada y atemporal de la salvación (cf. Lc 12,54-59). Tampoco proponía un mundo natural y otro sobrenatural, contrapuestos. Para él, la vida del Espíritu era la vida humana en sentido pleno, en apertura a Dios (cf. Jn 3,8).

Su "espiritualidad" no poseía un carácter individualista, sino eminentemente comunitario (cf. Mt 18,15-20). Invitaba libremente a que lo siguieran, no a que lo imitaran (cf. Mt 1,16-20). Él era "la parábola viviente de Dios". No se dedicó a especular, ni a teorizar sobre quién era Dios. Lo vivió como su Padre (cf. Mc 14,36; Rom 8,15; Gal 4,6), haciéndolo visible: curaba, perdonaba, amaba. Sin embargo, fue acusado de traidor y blasfemo (cf. Mc 14,63-64) porque cuestionaba al Dios del culto, del templo, de la Ley y las tradiciones impuestas. Para él, Dios no estaba encerrado ni en el templo, ni en leyes, ni estaba sujeto a ritos y costumbres.

Para muchos, Jesús resultaba peligroso y seductor. Nunca fue convencional. Siempre inaferrablemente libre. Nadie lo pudo atrapar, ni aprisionar. Cuando lo detuvieron, lo juzgaron y lo condenaron; incluso cuando murió, no fue porque lo apresaron y lo hicieron víctima, sino porque él voluntariamente se entregó (cf. Jn 10,17-18). Se convirtió así en la manifestación humana de la amorosa libertad de Dios. Su cruz, ensangrentada y ensombrecida, quedó a la espera de un tercer día en que una piedra fuera removida de su tumba. A partir de entonces, la vida del mundo fue definitivamente distinta para siempre y a cada uno de nosotros, en su turno, nos toca encontrarnos con él y mirarnos en el reflejo de sus ojos.

4. SEMBLANZA DE JESÚS

Nació, vivió y murió pobre. Su cuna fue la tierra de un establo. Creció como uno de tantos (cf. Flp 2,7). Vivió largos años de silencio y anonimato. En su pueblo lo conocían como el hijo del carpintero (cf. Mt 13,55). Su madre, una mujer del todo común, una buena mujer del pueblo, siempre silenciosa y prudente. La gente decía que tenía algunos secretos bien guardados.

Cuando su hijo se hizo adulto, sus predilecciones fueron peligrosas a los ojos de los demás: amaba a los marginados y pobres, a los olvidados y delincuentes, a las mujeres sufridas y explotadas; a los enfermos y ancianos, a los niños y huérfanos, a los extranjeros y leprosos. A todos ellos los trató como a sus mejores amigos.

Formó una comunidad de doce compañeros itinerantes (*cf.* Mt 10,1-4; 16,21; 17,12.22-23; 20,17-19; Mc 3,13-19; Lc 6,12-16) que no tenían casa, ni bienes, ni trabajo. Todo lo habían dejado por él y por su sueño. Les hablaba con palabras sencillas acerca de un Reino en el que Dios era el Rey. Todo cuanto decía generaba demasiada expectativa: un Dios que tenía un Reino, un amor para toda la eternidad, una salvación para todos igual, un perdón definitivo, una vida sin muerte alguna.

Para algunos todo esto era una quimera, una ensoñación fantástica, un horizonte inalcanzable e imposible. Sin embargo, muchos lo seguían. Cada vez más. Multiplicaba el pan (*cf.* Mt 14,13-21; Mc 6,30-44; Lc 9,10-17; Jn 6,1-15), caminaba por las aguas (*cf.* Mt 14,22-33) y curaba a los enfermos (*cf.* Mc 5,21-43).

Su palabra fascinaba. Él mismo era su Palabra. No había distancia entre él y lo que decía, entre lo que decía y lo que hacía, entre lo que hacía y lo que prometía. Su mirada era una puerta que abría el interior. Sus manos calmaban, aquietaban, hacían tocar la paz. No tenía nada que ofrecer. Era pobre y decía que los lirios se vestían con más esplendor que el rey Salomón (*cf.* Mt 6,28-29).

Enseñó que había que amarse y perdonarse siempre. Amarse unos a otros y perdonarse sin llevar la cuenta (*cf.* Mt 18,21-22). Hablaba acerca de su destino: la cruz (*cf.* Lc 9,22-25; Mc 9,30-37); y lo que él llamaba “la resurrección de entre los muertos” (*cf.* Mt 17,9). Algunas de sus frases resultaban enigmáticas. Sin embargo, han perdurado en el tiempo.

Fue controvertido y polémico. Lo amaban y lo odiaban. Lo seguían y lo abandonaban. Parecía un Dios y sin embargo era humano, demasiado humano. Su silencio era tan elocuente como sus palabras y sus obras. Todo en él hablaba. Su poder era una fuerza imperiosa e interna que emanaba de su sola presencia, humilde e imponente a la vez. Bastaba solo con tocar los flecos de su manto (*cf.* Mt 9,20-21).

Vivió en un país pobre, humillado y sometido. En una época convulsionada y perturbadora. Supo con los de su pueblo qué era estar dominado por otros. Sin embargo, habló de libertad, de amor y de compasión.

Lo que decía de la felicidad era ciertamente extraño. Para él son felices los pobres, los que tienen hambre y sed de justicia, los perseguidos y calumniados. ¿Cuál era el secreto de esa felicidad tan llena de infelicidades? (*cf.* Mt 5,1-11).

Terminando sus días, fue traicionado y atrapado (*cf.* Jn 18,1-8). Por cargos injustos, llevado al tribunal y malintencionadamente sentenciado. Encontró la muerte colgado y clavado, extendido, desnudado y martirizado a la vista de todos. Fue vendido por monedas por uno de los suyos (*cf.* Mt 26,15).

Pocas veces entendieron sus palabras. Le pedían milagros pero no los sabían interpretar. Su mensaje molestaba a las autoridades. Romanos y judíos fabrica-

ron en común un odio político y religioso para terminar con él. Conspiraron todos, aunque uno solo lo besó a cambio de una traición (*cf.* Mc 14,45; Mt 26,49; Lc 22,47-48) y un suicidio. Se despidió de los suyos con una cena (*cf.* Lc 22,14-20) y su testamento fue solo el amor (*cf.* Jn 13,35). Les lavó los pies (*cf.* 13,1-15) y por él Poncio Pilatos se lavó las manos para borrar cualquier posterior compromiso con su suerte (*cf.* Mt 27,24). Lo abandonaron y lo negaron los que hasta entonces lo seguían. Se encontró solo de todos. También de Dios. Sus últimas palabras se convirtieron en un grito que desgarró hasta el velo del templo (*cf.* 27,51). Su carne también quedó rasgada, desgarrada, abierta. Su última sed fue calmada con la acidez del vinagre (*cf.* Jn 19,29).

Lo martirizaron hasta después de morir, le abrieron el costado con una espada para asegurarse que estaba bien muerto (*cf.* 19,34). Su madre estuvo allí siempre, tan firme y sigilosa como otra inquebrantable cruz (*cf.* 19,26-27). Nadie pudo sospechar lo que pronunciaba su silencio, inmenso y profundo como el abismo del mar. Murió una siesta a las tres de la tarde. Se hizo de noche cuando expiró. Hasta el sol se fue (*cf.* Mt 27,45). Luego de un espeso y prolongado silencio de tres días –nadie se lo explica– reapareció (*cf.* Mc 16,1-8; Mt 28,1-7; Lc 24,1-12; Jn 20,1-18). Algo milagroso, por cierto, le dieron el nombre de resurrección. Su historia y su figura recorren, desde entonces, la memoria de los siglos y de los hombres. Muchos dicen que aún está vivo: “su nombre es Jesús”.

2

De la jesusología a la cristología

El misterio de la encarnación como clave de toda espiritualidad cristiana

1. LA CLAVE CRISTOLÓGICA Y CRISTOCÉNTRICA COMO ESTRUCTURANTE DE TODA LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

El estudio del Jesús histórico en todos sus aspectos ha ayudado a comprender cómo se entendía Jesús a sí mismo y cómo lo fueron captando sus contemporáneos. Esta es la base de los estudios que se llaman jesusología, un ininterrumpido intento por determinar quién es Jesús y lo que él significa para la existencia humana. La construcción de la reflexión y la praxis a partir de la mirada de fe de la comunidad creyente original posibilitó la transposición entre la jesusología y la cristología.

El proceso cristológico no comenzó propiamente con la resurrección. Ya con anterioridad a la muerte y la glorificación de Jesús los apóstoles y los demás judíos se preguntaban quién era y qué pretendía. A partir de la resurrección, sin embargo, nace una Cristología explícita. Existe, por lo tanto, una continuidad en la Cristología, del mismo modo que existe continuidad entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe, porque aquel que murió y fue sepultado es el mismo que resucitó. Lo que en tiempos del Jesús histórico estaba latente e implícito se hizo patente y explícito con la resurrección.

La confluencia entre jesusología y cristología da por origen al kerigma, el cual como núcleo fundamental de la fe se vuelve en principio estructurante y configurador de toda la experiencia cristiana y su espiritualidad.

Desde una mirada de fe, el misterio de la encarnación se constituye en una clave estructurante desde la cual puede leerse cristianamente todo: Dios, el mundo, la Iglesia, el ser humano, las culturas, el tiempo, la historia, la vida personal, etc. Una "clave" es precisamente un paradigma total y totalizante de interpretación y acción.

2. LA CLAVE DE LA ENCARNACIÓN NOS POSIBILITA INTERPRETAR LA REALIDAD DESDE LA FE COMO SIGNOS DE LOS TIEMPOS

"Al atardecer ustedes dicen:
«mañana hará buen tiempo porque el cielo está resplandeciente»;
y por la mañana dicen:

«con este cielo oscuro, hoy habrá tormenta».

Ustedes conocen e interpretan el aspecto del cielo

y ¿no son capaces de leer los signos de los tiempos?” (Mt 16,2-3).

“El Hijo de Dios –con su encarnación– se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre,

pensó con inteligencia de hombre,

obró con voluntad de hombre,

amó con corazón de hombre”

(*Gaudium et spes* 22).

El cristianismo se funda en la confesión de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. El Dios encarnado constituye el núcleo de nuestra fe. La encarnación revela a Dios desde “otro lugar”, desde el lugar del ser humano. Por la encarnación, Dios “se dice” al modo humano.

Sin embargo, no siempre tenemos en cuenta la condición humana de nuestro Dios. Subyace a menudo la idea de un Dios no “tan humano”. La Biblia únicamente pone una sola distinción entre el Dios encarnado y nosotros: igual en todo, **“menos en el pecado”** (Heb 4,15). A diferencia del pecado, nuestro Dios humano fue **“uno de tantos y se hizo como un hombre cualquiera”** (Flp 2,7). La humanidad asumida se vuelve para Dios experiencia de lo divino. Nuestra humanidad es para el mismo Dios encarnado ocasión de revelar su condición divina desde otro “lugar”, mostrando una “traducción” humana de su misterio. Nuestra humanidad forma parte del misterio que Dios manifiesta de sí mismo.

Es un Dios en “situación humana”, vulnerablemente humano. Vive, crece, pasa por todos los límites de la existencia y necesidades humanas, pasiones y emociones, afectos y vínculos, el amor y la soledad, el sufrimiento y la tentación, la agonía y la muerte. El misterio de la encarnación revela el lado humano de Dios.

Jesús nos manifiesta así su propio misterio que lo envuelve y lo trasciende. Él no se explica por sí mismo. La pregunta que nos hacemos acerca de él tiene su respuesta en Dios y en un Dios que revelado en Jesús nos manifiesta su nombre y su secreto: su “nosotros”.

Este “nosotros” del misterio del Dios manifestado por Jesús –el Padre, el Hijo humanado y el Espíritu– nos ha permitido contemplar el “lado humano” de Dios. El misterio de la encarnación no es sino eso. Si **“Dios es amor”** (cf. 1 Jn 4,8.16) por el misterio de la encarnación, Dios nos ama humanamente. En Jesús, Dios nos ama con corazón humano.

Además la clave de la encarnación nos sitúa siempre en la historia y en la construcción de las culturas. Los cristianos de hoy debemos tener lucidez en el momento histórico actual y en la realidad que estamos protagonizando, fruto de un camino histórico que asume el hoy, la memoria del ayer y el anuncio del mañana. El cristiano se sitúa en el hoy de la fe, en el mañana de la esperanza y en el siempre del amor. Hoy, mañana y siempre: fe, esperanza y amor.

La autoconciencia del presente, la memoria del ayer y el anuncio del mañana constituyen los distintos modos de manifestarse la providencia de Dios en la

historia: para el espacio hay una “providencia de la geografía de la salvación” (los espacios significativos de la vida y la fe); para el tiempo hay una “providencia de la historia de la salvación” (los tiempos significativos de la vida y la fe); para las relaciones humanas hay una “providencia de los vínculos de salvación” (los lazos significativos del encuentro con Dios a través de la presencia humana).

Esta clave para leer el espacio, el tiempo y los vínculos nos ayudan para leer la realidad. Ninguna lectura es “aséptica, indiferente o neutral”. Desde el lugar en que nos paramos, hacemos una mirada de análisis y dirigimos nuestro enfoque. Cada lectura nos revela las claves desde la cual “leemos” la realidad, ya que esta puede ser interpretada desde muchos enfoques posibles. La fe siempre hace la pregunta por la realidad. Desde el misterio de la encarnación, la fe supone y asume la realidad. No puede ser de otro modo.

Actualmente la “realidad” es interpretada desde la construcción cultural. En un sentido primario, la realidad se constituye desde “las realidades”: el entramado del entorno y su contexto circunstancial; los nudos de las distintas vinculaciones; lo emergente y lo adveniente; lo explícito y lo implícito de los procesos históricos; el consciente y el inconsciente cultural; etc.

La realidad en sí misma no tiene mayor relevancia si no se puede hacer una aproximación interpretativa de ella. Ciertamente “la realidad” puede ser percibida de distintas maneras según sea la mirada desde la cual se aborde. La realidad es un “paisaje”, luego hay que decidir el diseño del “camino”. La labor interpretativa de la realidad es un presupuesto para la lectura sapiencial que nos otorga la fe.

La fe es una “mirada” que nos viene dada desde Otro: una mirada que se dona y, a la vez, se construye, tanto personal como comunitariamente. Para la lectura de la fe, la realidad es más que realidad. Este plus nos ubica en el nivel “simbólico” de la realidad: la interpretación que el hombre le da.

La realidad, no solo en sí misma, sino como realidad significada, genera claves simbólicas según sea la interpretación humana otorgada. Los procesos de la realidad que aparecen y se conceptualizan aluden a todo lo invisible y oculto que la misma realidad esconde y que poseen un potencial simbólico a desentrañar.

Por lo mismo, interpretar la realidad –y también sus “símbolos”– supone dar y situarse desde una “palabra” (un *logos*), una “clave de sentido”.

3. ALGUNOS DE LOS NIVELES DE LA INCULTURACIÓN DE LA FE

En el proceso de inculturación, la fe es un don que nos permite un posicionamiento epistemológico y ético frente a la realidad. Cuando las miradas interdisciplinarias se conjugan, armónica y críticamente, con la fe, todos los análisis derivan en una triple vertiente: lo epistemológico, lo antropológico y lo ético, los cuales en síntesis generan una “praxis”.

Lo epistemológico nos otorga saber quién lee, cómo lee y desde dónde lee los paradigmas que interpretan la realidad y sus símbolos.

Lo antropológico posiciona al ser humano como centro de la realidad humana y social para que no sea manipulado.

Lo ético nos permite participar en la construcción de valores comunes; además nos ayuda a abordar la realidad y sus símbolos desde el lugar de los otros, especialmente desde los más vulnerables. Lo ético nos hace “pasar” la realidad desde el lugar de los otros. Es preciso mirar la realidad desde los ojos y el corazón, desde el “registro vital” de los otros. La realidad es distinta cuando se la ve, se la vive y se la padece pasando por otros lugares en la cual la vida no nos ha puesto. Lo ético es, precisamente, esa oportunidad. El desafío del “otro”, la construcción solidaria y compasiva de la realidad a partir del lugar del prójimo como si fuera el propio.

La praxis del actuar transformante se constituye cuando el hacer deriva del ver la realidad y sus símbolos, juzgándola desde el lugar del más vulnerable. Para que el “circuito” del discernimiento quede completo hay que ver, juzgar y actuar.

4.LA INCULTURACIÓN CRISTIANA NOS PERMITE UNA MIRADA PROVIDENTE DE LA HISTORIA

En el siglo XXI, ante la ausencia de todas las ideologías del “pensamiento fuerte”, el cristianismo se postula como un “humanismo integral” y una renovada sabiduría de integración vital de la realidad.

La fe posibilita un diálogo interdisciplinar con las ciencias humanas, ya que supone y asume la realidad y se presenta como un “observador” dialogante, crítico y legítimo de esa misma realidad.

El misterio de la encarnación –en el cual está sustentada toda la fe cristiana– nos ayuda a ejercer un profetismo histórico que, en la actualidad, resulta imperioso.

La fe nos otorga más que “análisis”. Supone todos los análisis posibles, aunque también los integra y supera. Nos da “discernimiento” que es más que análisis y explicaciones. Es el fruto práctico de la aplicación de la fe, una sabiduría de lectura de la Providencia.

La inculturación nos permite una mirada “providente” de la historia, no una mirada providencialista en la que solo Dios actúa, la libertad humana queda desplazada sin poder cooperar, ni ser protagonista de su propia historia.

Desde el Dios encarnado existe una Providencia del tiempo, una Providencia del espacio y una Providencia de los vínculos. Se contempla el tiempo, el espacio y las relaciones desde el sentido de Dios humanado.

La “pro-videncia” es “mirar (videncia) hacia delante (pro)”. La lectura de la Providencia es una “videncia” en “pro” de la realidad, “prospectiva”.

En síntesis, el diálogo de la fe con el contexto nos ayuda a elaborar un posicionamiento epistemológico y antropológico desde una ética y una praxis que nos permiten la sabiduría de la vida desde la contemplación de la realidad preguntándonos –a partir de las coordenadas del tiempo, el espacio y los vínculos– qué es lo que Dios nos está dando aquí y ahora y qué nos está pidiendo como artífices y constructores para que este mundo que nos toca habitar sea lo más humano posible.

5. ESPIRITUALIDAD ENCARNADA EN EL TIEMPO EN QUE VIVIMOS: UN CREDO DEL SIGLO XXI

Este tiempo original que nos toca transitar como don de la providencia de Dios, este tercer milenio de la historia cristiana en el siglo **xxi**, colmado de desafíos, nos estimula a redescubrir el inagotable tesoro de la fe. Sabemos que hoy la fe tiene que ser dicha y pronunciada, vivida y testimoniada de una manera renovada. La centralidad de la figura de Jesús no puede, ni debe ser reemplazada. Hay muchos aspectos que la espiritualidad de este siglo tiene que contemplar del misterio siempre vivo del Señor. Cada época descubre a Dios y a Jesús desde una óptica diversa, desde una perspectiva única, desde un horizonte singular, de acuerdo a las necesidades, legítimas búsquedas y deseos de cada cultura. También la espiritualidad se impregna de esos matices, ya que es una forma cultural de vivir la fe de acuerdo con los parámetros de la época, sin que por eso se traicione la esencia genuina de dicha fe que trasciende cualquier tiempo. El cristianismo de hoy y del futuro tiene que dar con su espiritualidad, de lo contrario no tendrá alcance, ni posibilidad, ni vida, ni credibilidad. La fe puede y debe tener expresiones renovadas en cada época.

La espiritualidad en nuestra actual cultura es todo un desafío. El presente se manifiesta como una época compleja. Existe indiferencia religiosa, secularismo, escepticismo, superstición y sincretismo, esa “mezcla” de múltiples creencias y ritos. Hay quienes no creen en Dios para terminar creyendo en todo o en cualquier cosa. Estamos en la decadencia de un Olimpo de dioses fabricados a la medida de cada necesidad. Algunos propician una “nueva espiritualidad sin religión”, un credo más allá de todas las confesiones. Una espiritualidad “alternativa”, compatible con cualquier religión.

En este horizonte nuestro desafío es sacar **“lo nuevo y lo viejo”** (Mt 13,52). El Espíritu de Dios **“que sopla donde quiere”** (Jn 3,8) surca plenamente este tiempo de la historia, transitando todas las culturas. Su luz es necesaria para discernir los signos. Este Espíritu que atraviesa los tiempos del mundo y sus ciclos humanos es también quien bucea las honduras del corazón humano y se interna en las profundidades del misterio de Dios, que **“todo lo sondea”** (1 Cor 2,10).

¿Qué elementos distintivos te parece que debemos tener los cristianos de este siglo **xxi**?; ¿qué esperas del cristianismo de este tercer milenio?; ¿cómo lo sueñas?; ¿qué es lo que más necesitas de la experiencia cristiana?

Te invito a que podamos rezar ahora un Credo del siglo **xxi** que pronuncie –en la fe de siempre– los anhelos de este tiempo. Este Credo reza así:

Creemos en Dios Padre que nos muestra
en la historia los signos de estos tiempos
y en la providencia de cada presente nos regala senderos y sueños.
Creemos en Jesucristo, Señor de todos y único Maestro.
Su Pascua ilumina el camino.
Su resurrección es nuestro mañana, nuestra más firme esperanza.

Creemos en el Espíritu que surca plenamente la historia.
Su presencia en el mundo sigue viva y activa,
impulsa nuevas búsquedas y formas, nuevas miradas y lenguajes,
construye puentes de comunión en medio de los fragmentos.

Creemos en la Iglesia, comunidad viva que necesita de los hombres
para que el evangelio permanezca latiendo por siempre
en medio de las generaciones.

Creemos en María, Madre universal y Virgen sin mancha,
que disipa toda sombra con su luz
y vence todo mal con su misericordioso poder.

Creemos en el ser humano,
llamado a nacer siempre de nuevo para la fiesta de la vida,
convocado a ser pleno y feliz.

Creemos que el mundo y la historia
están definitivamente redimidos por la Sangre de la cruz
y que sus destinos se encuentran en permanente transformación.

Sabemos que hay que trabajar desde el interior de este nuevo milenio,
para transformarnos en artesanos del corazón humano.

Sabemos que la esperanza prospera a partir de pequeños logros;
solo así el milagro de Dios
sigue creciendo en nuestro frágil barro.

Creemos que todo será mejor
y que cada uno en su medida contribuye para eso.

Creemos en un país donde los más pobres y vulnerables
vivan los derechos de todos
como sus propios derechos.

Creemos a pesar de todo
y creemos en virtud de todo
porque experimentamos que creer nos hace más libres que no hacerlo.

Creemos porque la vida nos impulsa a seguir haciéndolo
ya que es un regalo inmenso e inmerecido
y el tiempo se nos ha confiado para encontrarnos.

Sabemos que nuestro siglo **xxi**
es un siglo que busca su propia interioridad.

Nuestra responsabilidad es mejorarlo.
Hacer descubrir el lado humano de Dios.

Todas nuestras obras salieron de tus manos.

Así creemos, Señor, en ti.

Así esperamos.

Así, también, amamos.

Amén.

Índice

Prólogo: El aprendizaje de la interioridad	5
Primera parte: Fundamentos de la espiritualidad cristiana	7
1: El anuncio de la persona y el misterio de Jesús. El kerigma: núcleo y fundamento de toda espiritualidad cristiana.....	9
1. Oración a Jesús, siglo XXI	9
2. ¿Quién es Jesús? Preguntarse por Jesús es cuestionarse acerca de quién es él para mí	10
3. Características de la espiritualidad de Jesús	11
4. Semblanza de Jesús	13
2: De la jesusología a la cristología. El misterio de la Encarnación como clave de toda espiritualidad cristiana.....	17
1. La clave cristológica y cristocéntrica como estructurante de toda la espiritualidad cristiana.....	17
2. La clave de la Encarnación nos posibilita interpretar la realidad desde la fe como “signos de los tiempos”	17
3. Algunos de los niveles de la inculturación de la fe.....	19
4. La inculturación cristiana nos permite una mirada “providente” de la historia	20
5. Espiritualidad encarnada en el tiempo en que vivimos: un credo del siglo XXI.....	21
3: Espiritualidad, fe y religión	23
1. ¿Qué es la espiritualidad cristiana?.....	23
2. Espiritualidad, fe y religión	23
Segunda parte: Espiritualidad integral e integrada. Etapas de la vida humana como ciclos de la vida espiritual.....	25
4: La existencia es una sola. La vida humana es vida espiritual; la vida espiritual es vida humana.....	27
1. La vida humana, base de la vida espiritual	27
2. Las metáforas de la vida	28
3. Espiritualidad sin espiritualismos: la vida humana como base espiritual	30

4. Espiritualidad sin secularismos: el ser humano y el mundo “re-ligados”.....	32
5. La unidad del ser humano, base de una espiritualidad integrada	33
6. La complementación de la vida humana y la vida espiritual en la unidad de un mismo crecimiento: la vida está toda en cada parte, es una unidad en cada ciclo.....	34
7. La unidad y la integración de la vida solo la produce el amor	38
5: Las experiencias vitales como camino de aprendizaje espiritual.....	41
1. La experiencia vital	41
2. Pautas para la elaboración de experiencias vitales como aprendizaje espiritual	42
3. Desarrollo de algunas capacidades para la elaboración de las experiencias vitales como camino de aprendizaje espiritual...	42
4. La calidad de vida depende de los buenos deseos	46
6: La integración de la experiencia vital del sufrimiento como camino de aprendizaje espiritual	47
1. Distinción entre dolor, sufrimiento y padecimiento	47
2. ¿El sufrimiento es una prueba o un desafío?	48
3. El llanto, “metáfora corporal” del sufrimiento.....	49
4. La vulnerabilidad humana y la espiritualidad de la herida	50
5. La herida de las heridas	51
6. Poema sobre la herida humana	52
7. Poema sobre la herida divina.....	53
8. Relato: lágrimas convertidas en perlas	55
7: La integración de la experiencia vital del disfrutar como camino de aprendizaje espiritual.....	57
1. Rehabilitación del disfrutar	57
2. Separando frutos	58
3. El límite del disfrutar	59
4. La gratuidad existencial	60
5. Relato: música de Dios.....	61
6. Espiritualidad del gozo.....	61
7. Jesús sabía disfrutar	62
8: El comienzo del camino espiritual	65
1. Las tentaciones del proceso de la madurez humana y de la vida espiritual	65
2. El dato de la Palabra de Dios	69

3. La humanidad de Jesús, punto de comunión entre la debilidad de Dios y la debilidad humana	70
4. Una mirada realista para con Dios.....	74
5. Una mirada realista para con nosotros mismos.....	75
6. Una mirada realista para con el mundo	80
7. El comienzo del camino espiritual desde la debilidad: fundamentación conclusiva.....	82
9: Las etapas de la vida humana como ciclos de la vida espiritual.....	85
1. El nacimiento de la vida espiritual y la vida espiritual como nacimiento.....	85
2. Generación y regeneración.....	87
3. La tentación de la vejez espiritual.....	88
4. El nacimiento de Dios y el nacimiento en Dios.....	89
5. En la vida espiritual, nacer es crecer y crecer es renacer	91
10: La niñez como camino espiritual, la grandeza de la pequeñez	93
1. La grandeza se define por la pequeñez	93
2. “Ser como niños” es la “medida” plena de todo lo humano.....	93
3. Los profundos sentidos humanos de la niñez	95
4. La calidad y la calidez de lo más humano de lo humano	96
5. Dios nos canta su canción de cuna	97
11: La búsqueda de la adolescencia	99
1. La adolescencia, crisis de identidad y crecimiento	99
2. El Evangelio de la adolescencia de Jesús	100
3. El Evangelio de la sabiduría de Dios hecha pequeñez	102
4. La crisis de adolescencia en Jesús	104
12: La vitalidad de la juventud.....	109
1. El desarrollo de la juventud y sus desafíos	109
2. La vida espiritual también tiene su adolescencia y juventud.....	110
13: Mientras nos acercamos a la mitad del camino de nuestra vida	113
1. El punto medio	113
2. Las tres conversiones de la vida espiritual	114
3. La crisis de la madurez.....	115
4. El crecimiento espiritual, un acto de libertad	116
5. La mitad del camino, una nueva oportunidad	116
14: La vejez, dinamismo interior y amanecer de la vida espiritual.....	119
1. La desvalorización social y cultural de la vejez	119
2. Algunos textos de la Biblia.....	120

3. El Decálogo de la sabiduría que se revela en la vejez.....	121
4. Una fecundidad escondida	122
5. La última crisis.....	123
6. Oración de aceptación de la vejez.....	125
15: La espiritualidad de los bordes de la existencia. La agonía, el comienzo del final	127
1. El declinar del camino humano a la luz del misterio del anonadamiento de Jesús	127
2. Getsemaní, agonía de agonías	128
3. La agonía de Jesús: conflicto, resistencia, aceptación y abandono....	131
4. Nuestras agonías en la de él.....	132
16: La muerte, identificación y comunión con la pascua de Jesús.....	135
1. Una muerte sin respuesta definitiva: el Antiguo Testamento	135
2. Jesús: muerte por amor de entrega, sustitución e intercambio.....	139
3. La muerte vencida	140
4. Anticipos de la resurrección.....	141
5. El amor y la muerte, “eros” y “tánatos”: las dos pulsiones de la existencia mortal	142
6. Muerte a la muerte	144
7. La muerte de los que amamos	146
8. El último día.....	149
9. Oración de una muerte “vívida”.....	151
17: En tránsito hacia la transfiguración.....	153
1. El amor de Dios es la manifestación de su juicio	153
2. La transfiguración en Dios por el misterio pascual de Jesús.....	155
3. Más allá del tiempo	156
4. Cuando estemos del otro lado: anverso y reverso del tapiz.....	158
Tercera parte: Biografía de la vida espiritual	161
18: La vida, como camino y viaje; la historia, biografía y memorial	163
1. La historia personal, “memoria” de Dios y de la gracia	163
2. La salvación del Dios cristiano tiene una modalidad histórica y requiere siempre del memorial	165
3. Salvación en clave de encarnación: tiempo, espacio y vínculos	166
4. Un mismo tiempo y distintos ritmos	167
5. Sucede lo que tiene que suceder.....	169
6. Sentido y significación	169

7. Metáforas de la vida	171
8. Aprendices del juego de la vida.....	173
9. Somos camino	174
10. La vida es una misión.....	174
11. Bendición de bendiciones	175
19: El crecimiento y la purificación de la vida espiritual	177
1. Ascética de la separación y ascética de la integración	177
2. La ascética hoy.....	178
3. ¿Jesús fue un asceta?	179
4. La ascesis de la sana rutina.....	180
5. Crecer sin medida.....	182
20: La transformación de la vida espiritual.....	183
1. La vida espiritual como camino	183
2. Algunas otras imágenes.....	184
3. La única medida de la vida es el amor	185
4. Las tres etapas	186
5. Las etapas no desmerecen la unidad del proceso	187
6. Las distintas etapas aluden a la transformación de la vida espiritual	189
21: El silencio de Dios	193
1. Hablar callando.....	193
2. El silencio nos lleva al más allá de las palabras.....	194
3. El camino silencioso	196
4. La oración nace del silencio.....	197
5. Hay silencios en las palabras y hay palabras en el silencio	199
22: La ausencia de Dios.....	201
1. Silencio y ausencia	201
2. Diferencia entre ausencia y simplemente no estar.....	202
3. La ausencia forma parte del vínculo con Dios y con los demás en el amor	203
4. Poemas que aluden ausencias.....	204
5. Oración desde la ausencia de Dios.....	207
23: La integración de la propia sombra en la vida espiritual.....	209
1. Somos también sombra	209
2. La dimensión psicológica de la sombra.....	210
3. De la sombra personal a la sombra social	211

4. Sombra no integrada.....	212
5. Laberinto de sombras.....	214
6. De la sombra interior a la máscara exterior.....	214
7. La sombra de Dios.....	215
24: María, siglo XXI.....	217
1. Necesitado de una madre	217
2. María lo hizo concreto a Dios.....	218
3. La otra cara de Dios.....	220
4. Mujer universal.....	221
5. Ser como niños	222
6. Oración a María.....	223
Cuarta parte: Espiritualidad encarnada que asume la corporeidad y la psicología humana	225
25: Una espiritualidad de unidad, cuerpo espiritualizado y alma corporeizada	227
1. Una relación con Dios con todo lo que somos.....	227
2. Cuando el amor de Dios se hace humano: el Cantar de los Cantares	228
3. Gestos del cuerpo, expresiones del espíritu	229
4. La sexualidad en la Biblia.....	232
5. La sexualidad, metáfora de la trascendencia	234
6. Alma, espíritu y cuerpo	236
7. Imagen y semejanza, lo masculino y lo femenino	237
8. La Encarnación, misterio de la corporeidad sexuada de Dios	239
26: La vida psíquica y la espiritualidad	241
1. Las emociones	241
2. Los sentimientos.....	242
3. Las pasiones	242
4. Jesús apasionado	244
5. Las dos pasiones fundamentales: similitudes y disimilitudes	245
6. El amor: características.....	248
7. El odio: características	250
8. La ambivalencia de las pasiones	251
9. Las actitudes y los hábitos	252
10. Amores que cambian.....	253
11. El amor asume todas las formas psíquicas	254

12. La personalidad de Jesús	255
13. Calidad de una salud integral.....	256
27: Vida espiritual, afectividad y vínculos.....	259
1. Una afectividad integrada vincularmente	259
2. Un corazón unificado de comunión y alianza	260
3. Cuando la experiencia de Dios también pasa por el vínculo humano.....	262
4. Las carencias humanas y su incidencia en el vínculo con Dios: algunas actitudes desintegradoras	263
28: Amenazas desintegradoras de la vida espiritual	269
1. Algunas amenazas que superar.....	269
2. Dejando a Dios ser Dios	274
Quinta parte: La espiritualidad, la libertad y la ética	279
29: Una espiritualidad integrada con la ética	281
1. Algunas distinciones necesarias.....	281
2. La ética del deber ser y la ética de la posibilidad de ser.....	282
3. La ética cristiana surge del discipulado: el seguimiento de una persona	286
4. La ética de Jesús	287
5. La libertad, hecho personal y social.....	289
6. Cada acto de libertad esculpe la vida.....	289
Sexta parte: La consumación de la vida espiritual.....	291
30: El camino de la aceptación, el aprendizaje de ser uno mismo.....	293
1. Sencilla oración de dones pidiendo la gracia de la aceptación.....	293
2. La aceptación, cimiento de todo proceso de crecimiento	293
3. El aprendizaje de ser uno mismo y el desafío de integrar al otro que existe en nosotros: el otro lado de nuestro yo	295
4. Nuestra aceptación, espejo en la relación con los demás	296
5. La aceptación realista del contexto social en el que estamos inmersos	298
6. La aceptación amorosa de Dios y sus designios providentes en nuestra vida y en los caminos de nuestra historia personal	299
7. Oración de amorosa aceptación.....	300
31: El camino de la felicidad	305
1. La posibilidad de la felicidad	305

2. La felicidad posible.....	306
3. El cristianismo y la felicidad	308
4. La plenitud de la felicidad.....	309
5. Reeducarnos para el gozo de la felicidad.....	311
6. La felicidad no es un absoluto.....	313
7. La gratuidad de la felicidad.....	314
32: El camino del amor.....	315
1. El Himno al amor	315
2. Los conocimientos supremos a los que puede aspirar el ser humano	315
3. El dinamismo del amor.....	317
4. La consumación del amor	321
33: Cuando el amor de Dios nos revela que Dios es Amor.....	325
1. Un proyecto de amor.....	325
2. El amor no es abstracto	326
3. Dejarnos amar.....	328
4. El amor nos permite el ensayo de vivir	329